

## Dos discursos

DISCURSO DE RECEPCION AL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION SEÑOR ENRIQUE MOLINA COMO MIEMBRO ACADEMICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACION DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE.

CLAUDIO ROSALES



SEÑOR Rector, señor decano, colegas, señoras y señores:

De par en par le abre hoy sus puertas la Facultad de Filosofía y Educación a don Enrique Molina. De par en par, como si quisiera exteriorizar la íntima satisfacción de un anhelo que el tiempo hubiera dilatado o teñido con matices de desesperanza. Viene a ocupar en ella un sitio que honraron intelectuales de clara prosapia universitaria, cuyos blasones él acrecienta con los aportes de su prestigio, adquiridos a través de medio siglo de labor como catedrático, como pensador y como hombre de bien.

## I

Su virtud cardinal es, sin duda, la de ser profesor. Las demás facetas de su personalidad son aspectos de esa virtud. Ella lo hizo despreciar los halagos y secretos llamamientos de la medicina y de la abogacía, que le ofrecían un mayor rendimiento económico y una mayor figuración dentro de los convencionalismos sociales y políticos. En sus altares sacrifica las comodidades de la vida metropolitana y lleva, en compañía de otros jóvenes profesores, la antorcha de las nuevas orientaciones pedagógicas al Liceo de Chillán. Se fué a provincia que desde que él está en ella ha dejado de ser la Beocia para el presuntuoso catedrático que la vanidad ancló en las sombrías aulas de la capital. Este episodio inicial de su carrera marcó su trayectoria definitiva y mostró al enjambre de bastardas ambiciones, que lo honroso no es llegar a la capital, sino erigir en capital la ciudad en que cada cual desenvuelve sus actividades docentes. Varía suerte esperaba a los compañeros de faena que tuvo en aquel Liceo: Maximiliano Salas Marchant, Alejandro Venegas, de quién él ha hecho más de un recuerdo justiciero y Enrique Sepúlveda. Varía fué también la que les esperaba a los demás que con él concurren al Instituto Pedagógico en 1889: los Pinochet Le-Brun, Luis Torres Pinto, Julio Montebruno... todo aquel soñador grupo de jóvenes a quienes atraieron los tintes

místicos con que entonces se delinearon las funciones de los futuros profesores, a que daban cierto aire castrense el régimen de internado y el señuelo de una mezquina ayuda económica con que al principio se alentó a los estudiantes de pedagogía. Ellos fueron la avanzada de la revolución ideológica de que en Chile fué portavoz Valentín Letelier. Algunos de ellos descollaron; otros naufragaron en las encrucijadas de la vieja escuela del flagelo y de la férula, y llevaron una vida obscura, medio asfixiados en un ambiente gremial de transición, cambiante y heterogéneo. Entre todos, la figura del señor Molina se destaca por su trayectoria ascensional rectilínea.

Sin alardes aspaventosos ni pedantesca erudición, se dió a conocer como maestro de auténtica valía. El núcleo capital de sus labores espirituales, lo constituye la Historia concebida como disciplina científica, y siguiendo a Seignobos, y siguiendo a Altamira, dió a su enseñanza las modalidades que esos sabios maestros han generalizado por los cuatro ámbitos del globo. De su cátedra fueron desterrados los viejos textos de Duruy, que no son más que un trasunto del anecdotario historial de Heródoto en lo referente a la historia de los pueblos orientales. De este modo, sentó plaza en la legión que arrebató a Clío el puñal con que Voltaire la había armado, y contribuyó a que la Historia dejara de ser un tejido nefasto de guerras, de crímenes y de desgracias. Con su palabra, adquirió nobleza y dignidad dentro del aula, y con las histo-



rias hizo la verdadera Historia, llena de útiles enseñanzas, tesoro y archivo de recuerdos que señala a la humanidad sus desaciertos y el derrotero de su felicidad. Por el volumen de su ideario, la cátedra se le hizo estrecha, y debió buscar sitios más empinados para hacerse oír a más largas distancias. Concurrió al Congreso General de Enseñanza Pública de 1902, y al 4.º Congreso Científico Pan-Americano de 1908. En ellos dió a conocer el resultado de sus meditaciones sobre la metodología de la Historia, y tocó, entre otros asuntos, el problema de la interpretación de las fuentes históricas transmitidas por la tradición. La actitud suya frente a los mitos es digna de consideración, porque coincide con el incremento inusitado que tuvieron en Europa, a principios del presente siglo, los estudios relativos a las leyendas mitológicas. En efecto, en 1906, el sabio alemán Gruppe publicó su monumental «Historia, Mitología e Historia de las Religiones»; en 1907-1911, Reinach, su «Manual de Filología», en que toca el problema de la interpretación de los mitos. Al mismo tiempo se formó en Alemania una sociedad para estudiar la mitología desde el punto de vista comparativo, lo que pone de manifiesto la importancia que para los hombres de ciencia de ese tiempo, tuvieron estos problemas. Wundt, Levy-Bruhl, Durkheim, como psicólogos, sociólogos y moralistas, se preocuparon también de ellos. Estos nombres sirven para mostrar cómo el señor Molina, desde los

primeros tiempos de su carrera, regulaba su inquietud espiritual al ritmo del progreso científico europeo.

Las primicias de su labor estaban destinadas al Liceo de Chillán. Allí enseñó durante diez años, y allí debía yo más tarde caminar por sus huellas. Anhelos de mayores triunfos lo llevaron después a Concepción, y de aquí pasó a dirigir el Liceo de Talca. Habiendo vacado la jefatura del de Concepción le fué conferida la dirección de este establecimiento en 1916, fecha en que comienza la culminación de su carrera pedagógica y la madurez de su producción espiritual.

Las labores administrativas lo han colocado en un plano en que sus prendas de carácter han sido más eficaces que su preparación técnica, en que el hombre se ha sobrepuesto al maestro y se sobrepone al pensador. En busca de nuevas orientaciones ideológicas se trasladó a Europa en 1911, y volvió con un bagaje de doctrina, de ciencia y experiencia que determinó el rumbo definitivo de su trayectoria rutilante.

La vida del señor Molina es la expresión simbólica de los esfuerzos que ha hecho la República, en los últimos decenios, para avanzar en la línea del tiempo al compás de las naciones más adelantadas, y es a la vez el más genuino personero de su ideario en la esfera de las actividades educacionales. En tal virtud, ha concurrido a los congresos y asambleas internacionales de carácter pedagógico llevando la voz y el pensamiento de Chile.

## II

Las altas concepciones que tiene de las funciones docentes, y su sentido ético, han influido en la calidad de su enseñanza, y la búsqueda de relaciones causales en la explicación de los hechos históricos, lo han obligado a remontarse a una mayor altura y a un mayor recogimiento dentro de sí mismo. Así, de profesor de Historia se ha convertido en pensador.

Sus primeros trabajos de índole filosófica son los ensayos que publicó con el nombre de «Filosofía Americana». Encabeza la serie uno sobre la libertad, el determinismo y la responsabilidad, en que luce su caudal de erudición y un hondo criterio discriminativo, que acusan lecturas bien lastradas y predilecciones que, aun en nuestros días, no son frecuentes. Llega en él a la siguiente conclusión:

«No es necesaria la idea de libertad para fundar la responsabilidad. Esta encuentra su base sólida en las necesidades que se desprenden de la convivencia de los hombres, en la reciprocidad que debe reinar entre ellos y en la reacción que todo organismo social ejerce para asegurar su subsistencia».

Es posible que la dificultad de entenderse en los problemas que suscita la voluntad, me parece a mí, dependa en su mayor parte de que utilizamos en ellos los términos del lenguaje vulgar que corresponden a la etapa infantil de la vida espiritual, o a la considera-



ción ingenua de los fenómenos que requieren mayor capacidad reflexiva.

Otro dato presentan los primeros ensayos del señor Molina, y es que como profesor de filosofía se documenta en las fuentes originarias, y ponen de manifiesto este hecho sus estudios sobre el «meliorismo» o filosofía social de Lester Ward, y el «Pragmatismo» o filosofía práctica de Williams James. Más tarde nos hablará del pensamiento de Guyau y de Bergson. Esos cuatro nombres no revelan las preferencias exhaustivas del señor Molina, ni que haya congruencias entre su pensar y el de ellos. Tenemos simpatías por un autor no porque nuestros juicios o nuestros gustos coincidan con los suyos, sino porque ellos piensan como nosotros y realizan nuestros ideales estéticos, o derrochan ingenio en las banderías opuestas. Por lo común leemos para encontrar la comprobación de nuestra verdad y no para aprender. El señor Molina experimenta una deleitosa fruición leyendo a Ward y a Guyau, y se transparenta su deleite en las expresiones de cariñosa admiración con que juzga las teorías estéticas del pensador francés y las éticas de Ward.

No manifiesta iguales simpatías por James ni Bergson, pero este último le obsesiona por la riqueza de su bagaje imaginativo y la habilidad de su discurrir. En su ensayo sobre la libertad y en sus estudios sobre Ward, James, Guyau y Bergson, el profesor ya no se dirige al adolescente del liceo, sino que va en ayuda del profesor de segunda enseñanza, a quien le eco-

nomiza el tiempo que debe emplear en pacientes lecturas, y le enseña a disecar el pensamiento ajeno para hacerlo más accesible a las mentalidades en formación. Antes de ser profesor universitario él se creó una cátedra propia que situó en las páginas de sus libros, y cuyos discípulos se hallan dispersos en todas las naciones de habla castellana. Los mismos propósitos parece que inspiraron su libro «La herencia moral de la filosofía griega».

Su obra capital, sin embargo, no la constituye ninguno de los ensayos o estudios a que he aludido, sino la que él ha denominado «De lo espiritual en la vida humana». Señala el punto culminante de su capacidad reflexiva y de la madurez de su talento. Le había precedido otra de tipo análogo: «Por los valores espirituales», que dividió en dos partes: I. Estudios y esbozos y II. Crítica y polémica. En la primera se leen títulos sugerentes: Psicología de los libros, Cultura interior, El cultivo de las letras, Del arte y la belleza. En ella ha incluido también su conferencia sobre la personalidad de Goethe y su ideal de perfeccionamiento».

A propósito de la psicología de los libros, estampa este pensamiento que tiene alguna relación con lo que aquí decimos: «La función intelectual es una marcha hacia el descubrimiento de la verdad; la erudición, una manera de entretenerse en el camino para no llegar nunca al término de la jornada». Tal vez este concepto pesimista sobre la erudición no sea el que más le



cuadre: nada hay, sin duda, que sea más estéril que una acumulación de datos inconexos, fechas, cifras y curiosidades científicas o anecdóticas que no valen más que un tesoro filatélico; pero frente a esta erudición de oropel, está la que sirve de basamento y de sillar a este edificio que día a día estamos construyendo dentro de nosotros, sin que jamás podamos decir que hemos llegado a su término. Con los materiales que cada cual acumula, la humanidad construye a su vez el suyo, y no avanzaría un ápice en la obra común si despreciara lo que hizo el día anterior. No se pueden desconocer sin razón los vínculos de solidaridad que unen entre sí a los operarios del progreso, y es un deber de cada uno saber lo que hicieron los demás en el sendero en que caminan sus pasos. El desprecio de los puntos de apoyo ya adquiridos, conduce fatalmente a un malogro de energías, sin ningún beneficio efectivo. La enseñanza no es otra cosa que la entrega a la generación de hoy de las conquistas fundamentales hechas por las generaciones pasadas, y la erudición la constituyen esas mismas conquistas, cuando pasan a ser instrumentos utilizables para avanzar en las tinieblas de lo desconocido.

En esta misma obra hay una página que muestra los rasgos salientes de las meditaciones del señor Molina. Es la que llama «El tema eterno» y se refiere a la existencia de Dios. Es una bella página en que él exhibe una de sus zonas anímicas más inquietantes, donde el subsuelo parece áspero y movedizo como un

mar de lava ardiente. Evoca, sin quererlo, «El sentimiento trágico de la vida» de Miguel de Unamuno. En ella muestra, además sus inquietudes estéticas y sus afanes cinegéticos tras la expresión afortunada y el símbolo sugerente que traduzca el pensamiento con el mayor grado de aproximación y de claridad posibles.

Tales notas de su estilo y de su modo de pensar o discurrir no son escasas en sus obras, pero abundan muy especialmente en «De lo espiritual en la vida humana».

¿A qué propósito obedece este libro? El mismo dice que es «una tentativa para salvar de las marejadas de la duda lo espiritual, y ofrecer una interpretación de ello, aceptable aún para los escépticos, formulando una consideración de lo espiritual en la vida humana en lo que tiene de constructivo y creador, y en lo que envuelve de exigencias éticas».

Pero ha procedido empujado por un imperativo nacional y racial. El lo ofrece «como una pequeña contribución a la labor del pensamiento en nuestra raza, tan poco estimada aún, a causa de su falta de aportes originales a la cultura superior, y donde la lucubración filosófica se halla en verdad todavía en pañales».

Ello es en efecto así. Pero no debemos desepcionarnos. Las concepciones filosóficas originales son producto de la madurez intelectual de los pueblos, y no hay para qué desesperarse de que no hayamos llegado todavía a esa etapa de la evolución cultural, porque

como lo dice el señor Molina en alguna parte, el progreso no se desenvuelve con el mismo ritmo en todas las zonas del planeta. Y es para nosotros motivo de secreto engrimiento, que sea él quien haga de precursor de este ansiado período de nuestra cultura, pues hasta hoy hemos sido simples ecos del movimiento filosófico del mundo, escoliastas o acotadores de escasa valía.

No se puede fijar la vista en parte alguna de este libro sin sentirse como mosca sobre miel. Hay algo en él que nos coge, nos envuelve y nos estruja el magín. A pesar de que su autor dice que no lo ha escrito para los que se sienten en posesión de un mundo espiritual seguro, éstos son los que han experimentado mayor deleite en su lectura, ese deleite inefable que se mezcla a veces con la humedad de los ojos o con la tragedia de un pensar más hondo. Leyéndolo, hacemos una peregrinación a través de los problemas, de muchos de los problemas que han inquietado a la humanidad como organismo cósmico, y visitamos las eminencias de mayor significación en el campo de las especulaciones filosóficas: aprendemos y nos deleitamos; nos deleitamos y aprendemos.

Para dar una idea más acabada de él, voy a extraer de sus páginas algunas de las espigas que me han parecido más granadas:

«Lo material y lo espiritual no se encuentran jamás en estado de absoluta pureza, sino que son elementos que se compenetran mutuamente. Los términos espíritu



y materia son puros sólo en cuanto abstracciones de la mente humana».

«La caducidad amenaza a todas las creaciones del hombre, pero va quedando de ellas una esencia que es la cultura».

«En los más de los hombres, hay un don Juan larvado, sojuzgado o fracasado, cuando no en ejercicio».

«Es raro que el progreso se manifieste a la vez en todos los órdenes de actividades, y que sea común a todos los pueblos de una época dada».

«Las diferentes funciones sociales influyen unas sobre otras, recíprocamente, siendo mayor la acción de las más fundamentales».

«Un progreso definitivo, la constitución de la ciudad ideal, en que no haya cambios, es una quimera».

«El progreso está en razón directa de la dominación del hombre sobre la naturaleza, y en razón inversa de la dominación o explotación del hombre por el hombre».

«Las obras de arte, de mecánica y de técnica son concreciones de momentos de la vida del espíritu. Todos los valores significan ensayos para asegurar la estabilidad de las cosas humanas».

«Las obras del espíritu humano parecen asideros y auclas que éste arrojara en la torrentera del mundo para afirmar la vida en algo sólido. Son como tajamares, levantados a fin de que la corriente desbordada no lo arrase todo: tajamares con veredas para que los no-

vimientos de los hombres se efectúen sin peligro. Son jalones para seguir construyendo el porvenir».

E inspirados en la lectura de Spinoza, formula estos otros juicios:

«La voluntad de Dios y las leyes de la naturaleza son una sola y misma realidad. Cuanto ocurre, se haya sujeto a leyes invariables y no al capricho de un irresponsable autócrata sentado en las nubes».

«Nos esforzamos por reconciliar los males de la vida con la bondad de Dios, olvidando que Dios está más allá de nuestros pequeños males y bienes. Bueno y malo son términos relativos a sentimientos y fines humanos, y no tienen validez en un universo que es supra-humano, o infra-humano, y en que los individuos,—y aún las especies— no pasan de ser formas efímeras».

Sería útil cribar todos los modelos de condensación ideológica que he hallado en este libro, pero el momento no es oportuno para esta empresa. Sirva este breve espicilegio para alentar a los que buscan lecturas provechosas.

Pero no puedo reprimir la tentación de reproducir aquí la disgresión sobre la eternidad.

«Generalmente se la considera como una prolongación indefinida del tiempo, como una abstracción derivada de la idea del tiempo. La eternidad viene a ser, aparentemente, cual complemento conceptual necesario del tiempo; pero en verdad, es más bien su antítesis, y no es dado concebirla en sí misma. Nosotros sabemos

lo que es una hora, un día, un año, muchos años, un siglo, aunque no lo vivamos: son medidas del tiempo. Pero carecemos de la facultad de imaginarnos, en igual forma, lo que es la eternidad, que se nos presenta como una línea cuyos extremos se pierden en dos vórtices de sombras. Estos vórtices atraen a ellos cuanto cosa temporal y durable quiere colocarse en la línea de lo eterno, y la absorben vertiginosamente; es como si nunca hubieran existido, nacen y perecen desde siempre. La eternidad es lo inmóvil que devora todo lo móvil, y no cabe otra manera de concebirla que como una instantaneidad permanente, en que no se operan cambios, en que no hay cuando, ni antes ni después. Es el espejo infinito; en la tela inconsútil y resbalante de la eternidad, el tiempo forma cuadros dentro de cuyo marco, las cosas sujetas a modificaciones, pueden subsistir momentáneamente.

El hombre suele tener, sin embargo, la impresión de sentir lo eterno. Ello ocurre en vivencias del espíritu, en que lo intenso y lo bueno del pensamiento, de la contemplación, de la satisfacción profunda, se funden en una armonía íntima. En nuestro fugitivo vivir nos parece así tener, a veces, una vislumbre de la eternidad. Pero es una abstracción momentánea. Luego la corriente del tiempo recobra su cauce en la conciencia.

Como la eternidad, la inmortalidad—o sea lo eterno de la vida resulta algo inaprehensivo para nosotros. Hay una especie de contra sentido en tratar de representarse ambas cosas en su ser total. Por este motivo,



la inmortalidad no puede consistir más que en la creencia en la confianza de que la vida persistirá sin límites. A nadie ofrecerá dudas de que así se presentan para el creyente los hechos de la existencia terrena. Pero no pueden pasar de otra suerte tampoco en una supuesta existencia de ultratumba. El paso de la vida a la muerte se efectúa en la inconsciencia; de manera que el creyente moribundo caerá en su último sueño sintiéndose inmortal, y por poco que haya reflexionado antes, no habrá dejado de ver que siempre se presentarán en el más allá momentos por delante, cuya realidad estará garantida sólo por la confianza. Como en la tierra, antes de morir. Así es inmortal el que se siente inmortal: la inmortalidad es el don de las almas que creen en ella».

No hay punto o materia que toque el señor Molina en que no se sienta su propensión al sondaje de profundidad. Aun en esa excursión al reino de la fruslería que ha denominado «Peregrinaje de un universitario» hay un pasaje que parece desglosado del «Fédón». Es una digresión sobre la muerte.

### III

La figura del señor Molina emerge en cuanto pensador, y aunque no he tenido la oportunidad de experimentarlo, tengo la intuición de que cuando se miran nuestros valores espirituales desde el extranjero, presentan el aspecto de un pobre caserío en cuyo centro se

ýergue la maciza arquitectura de un templo con su campanario que orienta y que invita a la meditación. He aquí el nuevo miembro académico de nuestra Facultad, y acaso el único ingenio de contornos bien definidos que se divisa mirando de más allá de las fronteras.

Sin embargo, la autenticidad de su prestigio dentro del país, no debe buscarse en lo que él tiene de filósofo o formador de almas. Vale más por su hombría de bien y su sentido de la responsabilidad. El filósofo es un maestro que sube a mayor altura. El hombre es el filósofo que desciende a la realidad social a poner en práctica las concepciones de su espíritu.

El código a que él ajusta sus procedimientos, se halla delineado en sus obras, donde es fácil también descubrir su programa de trabajo. Hojead la «Educación contemporánea», La cultura y la educación general», «La educación intelectual y la educación inglesa», y sus artículos de crítica y polémica, y os impregnaréis de sanas doctrinas, al mismo tiempo que visitáis el dintorno de un hombre donde no prosperan infecciones de morbosas ideologías y se oyen voces que invitan al renunciamiento del propio bien en beneficio de los demás.

En sus libros se descubren también sus gustos y sus preferencias, sus modelos y sus maestros. Leyéndolos, se explican la nobleza de su actitud como Rector frente al alumno, frente al profesor y frente al padre de familia: siempre paternal, siempre comprensivo, siem-

pre generoso y cordial. Se sobrepone a las pequñeces y ruindades de la vida, y no olvida que la dignidad de las funciones que se le han encomendado, le impone ciertos sacrificios amargos, donde la entereza y el dominio de sí mismo han de ponerse en juego para no caer en el lodazal de los pequeños intereses.

Para completar y fortalecer su formación moral, estudió Derecho y Ciencias políticas, y se hizo abogado en 1902, profesión que no ha ejercido nunca, acaso porque vió cierto antagonismo entre el derecho, concepción abstracta, y su aplicación a los conflictos del diario vivir. Para orientarse en materias de política educacional, ha viajado por el extranjero y visitado los viejos centros culturales de Europa para ver lo que podemos evitar y lo que debemos hacer. Hoy es la autoridad educacional mejor documentada en materias pedagógicas.

En momentos críticos de la vida nacional, la juventud y los hombres sanos, que no sienten en su espíritu el acicate de las bajas pasiones, ni los recelos de la cobardía, volvieron su vista a él, y en 1927, cuando el Ministro de Educación Aquiles Vergara reestructuró con un proyecto monumental la educación pública, le confió la superintendencia de todo aquel gigantesco organismo. No había entonces, —ni existe ahora— ninguna persona que como él pudiera llevar a tan suprema dignidad un bagaje tan rico en sabiduría, de prudencia y de majestad moral. Pero su vida se había desenvuelto en planos de honestidad y de rectitud, y no po-



seía armas, ni caudal de experiencia para defenderse de la perfidia, la pasión política y los intereses bastardos de menguados hombres públicos, y hubo de volver, después de un viaje al extranjero, a su retiro de Concepción, un tanto decepcionado pero no vencido.

La obra de mayor volumen que ha realizado, como hombre y como organizador, es la Universidad de la metrópoli sureña. Nada hay de estupendo en esta empresa, pero sí de inteligencia, de perseverante energía, —lo que acusa una gran fe en el éxito— voluntad firme exenta de todo asomo de vacilación, y sobre todo, la virtud de adunar los impulsos dispersos, contagiarlos con el fervor de su optimismo y darles una dirección única y de eficacia cierta. Los planes eran de proyecciones fantásticas, y las cifras de su presupuesto, capaces de infundir pavor a espíritus menos ardientes y optimistas que el suyo y de los que se agitaban a su alrededor. Eran cientos de miles de pesos, aun más, eran cientos de millones los que habían de invertirse, y en caja no había más que el propósito alfa o el propósito beta o el propósito gama que en el mundo material de los negocios carecían de valor adquisitivo o no servían de instrumentos de cambio. Hoy, en menos de un cuarto de siglo, la ciudad universitaria de Concepción ha dejado de ser un sueño de temperamentos ilusos, y el visitante va de asombro en asombro al pasar del pabellón de Biología, al de Química, del de Química al de la Escuela de Derecho, de Educación, de Odontología, a toda aquella maravilla de confort, de un

buen gusto y de sobriedad, a la cual corresponde un material espiritual que mejora constantemente. Si mañana o pasado el pensamiento envejeciera y esta caducidad arrastrara en su vorágine todo el ideario del señor Molina, siempre quedaría en pie este monumento a que ha dado existencia con la virtud energética de sus ideas.

Una personalidad como la suya, no es completa si carece de enemigos, y él los tiene. Ellos le denigran y le ladran como gozquillos de arrabal. ¿Por qué? Porque no ha tenido la debilidad de abrogar en su beneficio su código de moral. Con sólo mencionarlos se les haría un honor inmerecido.

Reflexionando sobre la filosofía social de Lester Ward, hace el señor Molina este cuadro esplendoroso:

«La voz de esta filosofía me parece la de un hombre de estudio simbólico que no tiene ambiciones, que las ha sacrificado placentemente al culto de la ciencia, con la cual ha contraído un matrimonio sublime, y que no aspira más que a dar calor y vida intensa a los hermosos frutos del más bello desposorio humano, las verdades; que puede llamarse a sí mismo el condensador de las mil corrientes que han seguido las almas de los hombres y las almas de los pueblos desde los primitivos tiempos, y que lleva en sí la luz que ha brotado del choque de esas corrientes para alumbrar el porvenir. Es una voz que nos enseña a contemplar la realidad en su plenitud inmensa; nos señala los milla-

res de siglos que habrá después de nosotros; nos indica cómo nos es dado admirar por un instante esa realidad grandiosa que, en las obras científicas que las interpretan y pintan, adquiere proporciones épicas; nos impulsa a que, ante el eterno todo y la eterna nada que nos separa, asumamos los caracteres de fraternales y solidarios cooperadores y perfeccionadores de la creación, y no dejemos que nuestra existencia bastardee, empequeñecida por temores infundados, atraída únicamente por el cosquilleo de los apetitos, y tolerando que el engaño mutuo, con gestos simiescos, impere entre los hombres».

¡Oh! exclamo yo. ¡Cuántas de estas bellas expresiones, no son aplicables a su propio autor, don Enrique Molina Garmendia!

Señor Rector, señor Decano, colegas, señoras y señores: Me acomete en este instante el temor de no haber guardado, en los trazos esquemáticos de la figura del señor Molina, el mínimo de austera gravedad y de parsimoniosa medida con que deben ser tratados, desde esta cátedra universitaria, los hombres que, elevándose sobre los ordinarios niveles, se hacen acreedores a la admiración y a la gratitud de sus conciudadanos. Me temo que lo que estimo acomodado al rigorismo académico, parezca a sus ojos como una alabanza desalada que pugna con sus propios sentimientos. Perdonadme si he herido su sensibilidad o su modestia. Yo tengo el primordial deber de ser leal conmigo mismo,— me declaro egoísta en grado sumo — y no



puedo desprenderme de él y ocultar mis verdaderos sentires en resguardo de la insensible rigidez de esta tribuna, o las susceptibilidades ajenas, por respetables que ellas sean.

¡Es que la incorporación del señor Molina a nuestra Facultad me produce la impresión de una puerta que se abre, y con el frescor del aire puro, entra la perspectiva del paisaje y la infinitud del espacio!

amor a esta ilustre Universidad, que mi dedicación entusiasta a la Universidad de Concepción no ha amenorado. Imborrables son los recuerdos de la adolescencia pasada en sus aulas, del tiempo vivido en su servicio y no menos los de las lides ideológicas libradas a lo largo de tantos años desde esta prestigiosa tribuna: Alma mater perdurable al lado de nuevas nupcias del corazón. Los detalles expuestos os darán la medida de mi gratitud por el alto honor que me habéis dispensado y os ruego aceptar esta fiel expresión de mis más hondos sentimientos.

He escuchado conmovido y con íntimo regocijo las bellas palabras de mi amigo, el eminente profesor señor Claudio Rosales. Para recibirme tan finamente como lo ha hecho en esta casa de la más alta cultura ha consagrado a mi modesta labor una atención cariñosa, ha efectuado de ella un bondadoso análisis y le ha dado un inesperado realce que no he creído mereciera. No puedo dejar de confesaros cuánto me halagan apreciaciones tan favorables de parte de un juez que tiene fama de severo como el señor Rosales. Me siento, por esto, henchido de profundo agradecimiento y no entra poco en ello que con sus benévolos conceptos veo mi alma como enriquecida y armada de nuevas fuerzas para los días venideros.

\* \* \*

Considerando algunos programas de enseñanza superior de la filosofía y viendo la relativamente despro-

porcionada extensión asignada en ellos a la lógica de las ciencias, llegué a formularme el tema que es objeto de la presente disertación. Lo he preferido en estas circunstancias a otros que se me ofrecían, porque me ha parecido más adecuado para corresponder a la insigne distinción de que me habéis hecho objeto y a la significación de este acto inolvidable. Si con todo me hubiera equivocado y no resultaran mis palabras tan gratas y livianas como yo quisiera, perdonad mi insuficiencia en gracia de mi buen propósito y de mi sinceridad. Consideraos entonces como confesores, tened la paciencia propia de tales, y pensad que vais a escuchar, no a alguien que traiga la pretensión de enseñaros algo, sino a un penitente que os hace una confesión intelectual, la modesta confesión de un buscador de caminos y de sentido en el dédalo de la vida. Habréis podido notar que el calificativo de «Extensión desproporcionada», empleado al principio de este párrafo para referirme a ciertos programas, ya indica una actitud. Es que la insaciada e insaciable inquietud metafísica puso su fermento para hacer la interrogación. Más que inquietud, angustia podríamos decir, siguiendo a algunos filósofos contemporáneos y anunciando desde luego con ello algo de la inmersión que ese decir significa en lo hondo del problema del hombre. Es que ante la pura erudición, que es mero andamiaje, se me presentaba la bella arquitectura formal del alma, donde la más rica información se ha hecho



sangre y carne viva y se muestra capaz de actitud filosófica.

¿Qué es lo esencial en filosofía?, fué la pregunta.

En la lógica de las ciencias, si no consideramos lo que en ella debe haber de asertos referentes a los principios del ser y a la teoría del conocimiento, predomina sobre todo un saber de carácter instrumental. Es relativo a las bases, ejercicio y garantía de certidumbre de las ciencias. Constituye el instrumento para llegar a conocimientos sustantivos. Sus enseñanzas son como los batidores de un camino para un viajero, el intelecto, que, si no pasa de ahí, no sale nunca en viaje ni aprovecha la senda desbrozada. Es como adiestrar en el empleo de un complicado servicio de mesa en la cual no se sirve ni se come nada. Es, en fin, detenerse en el difícil manejo de una lámpara, enseñar a desmontarla, a montarla, a llenarla de combustible, sin llegar jamás al momento precioso de hacerla dar luz. Sabemos, por lo demás, que si no se puede negar la importancia del estudio en debida proporción de los métodos de las ciencias en realidad no se dominan sino en la práctica de ellas mismas.

Con lo que paso a decir no pretendo de ninguna manera desconocer el valor de la lógica y de otros campos de la filosofía. ¿Cómo podría hacerlo, cuando estimo a los primeros principios de la lógica, los de identidad, contradicción y tercio excluído. no en categoría de fórmulas verbales sino como leyes del ser? ¿Cómo hacerlo, cuando no cabe desconocer la trascen-

dental significación de las ideas a priori y a posteriori, de los conceptos de lo necesario y de lo contingente? Y así cuántos temas más. Tampoco pretendo tratar acabadamente, sino sólo en líneas de contorno, aquello de que voy a ocuparme, primado a que no es extraña una especie de invitación a oír ante todo la voz de una urgencia vital, la necesidad de no retrasarse en la técnica de la civilización sino que penetrar en el alma misma de sus inquietudes.

Lo esencial de la filosofía lo encontramos en las disciplinas que nos conducen a obtener una intuición del Ser, a tentar una interpretación suya y luego a definir nuestra actitud ante él. El primer problema es el objeto de la ontología o ciencia del Ser y el segundo nos introduce en el reino de los valores, o sea, en la axiología.

Se trata de un asunto que no sólo posee un aliciente especulativo sino de algo que a la vez nos deslumbra y nos toma la entraña: el universo y nuestro mundo interior, ambos maravillosos e insondables en sus últimos rincones, que separo sólo en estos momentos por motivos de claridad de la expresión. Aristóteles ha dicho que a los hombres los estimuló a filosofar la admiración. Sí; pero además el dolor y el error. La limitación de nuestras satisfacciones y la limitación del tiempo que conduce a la muerte han sido también maestros de filosofía de los hombres. Filosofar viene a ser como una búsqueda de adaptación a las limitaciones que necesariamente impone la vida en el orden

sensible, y, en compensación, ensayo de la libertad para volar por lo ilimitado en las esferas de lo especulativo. Así angustiados lanzamos nuestras interrogaciones al mundo que nos rodea para concluir casi siempre después de nuestro periplo por caer de bruces deslumbrados ante el misterio. Pero nos es dado también que la angustia que nos invitó a filosofar se convierta en serenidad.

Todas las filosofías, sin excepción de una sola, han tenido como función específica la comprensión del Ser, en lo que coinciden con las religiones. Las conocidas diferencias que se acusan entre ellas, entre las diversas filosofías por una parte y entre éstas y las religiones, por otra, provienen únicamente de la variedad de las interpretaciones formuladas. El anhelo de evitar los errores en que se ha caído, fragilidad orgánica de la inteligencia humana, y el fervor coincidente de encontrar la verdad han conducido al análisis de los modos y garantías de nuestras facultades de conocer, a la teoría del conocimiento (gnoseología) que es otra de las partes fundamentales de la filosofía.

Posición sabia y razonable ha sido la de iniciar la limpieza intelectual con una actitud escéptica y de duda. Descartes halla la única base para la ansiada certidumbre sólo en su vida interior. De que existe, porque piensa no puede dudar. Pero de aquí, franqueando los límites de su yo, extiende la evidencia como criterio de verdad a todos los campos del saber.

Jorge Santayana ha hecho preceder su sistema de



filosofía de una introducción sobre el escepticismo. «Los objetos inmediatos de la intuición, dice, son meras apariencias y nada de lo dado existe tal como es dado. La intuición no puede revelar ni discernir ningún hecho. No pasa de pura fantasía. Cada detalle de experiencia tal como se nos ofrece es una ilusión y la fuente de ella se encuentra en nuestra naturaleza animal que trabaja ciegamente en un mundo ciego». (1) Dentro de esta línea el filósofo anglo-americano llega a decir: «La creencia en la existencia de algo, incluso de mí mismo es radicalmente imposible de ser probada; descansa, como toda creencia, en alguna exigencia o persuasión irracional de la vida». (2) Niega el pasado y el porvenir. «El escéptico, en su honrado retiro, no sabe nada del futuro y no tiene necesidad de semejante idea desprovista de toda garantía». El escepticismo va a desembocar fácilmente en el solipsismo. Pero en el carácter social y laborioso de la vida humana encuentra éste serias dificultades para mantenerse en forma consistente. Luego el desdén por el sentido común, implícito en las declaraciones anteriores, es atemperado por nuestro filósofo y presenta al escepticismo en una forma más atenuada, como una disciplina para purificar la mente de prejuicios y ponerla en aptitud, cuando llegue el tiempo, de creer y obrar sabiamente. «El escepticismo pasa a ser la castidad del intelecto y es vergonzoso entregarlo demasiado pronto al

(1) *Scepticism and animal faith*. P. 52.

(2) Obra citada. P. 35.

primero que llegue: hay nobleza en preservarlo fría y orgullosamente a través de una larga juventud, hasta que al fin en la madurez de su instinto y de su discreción, pueda llegar seguro a la fidelidad y a la dicha. Mas el filósofo cuando se deja llevar por la especulación únicamente, se convierte en una especie de célibe perpetuo, que teme a todo enlace por el riesgo de sufrir engaños o desengaños; pero si es sabio no puede dejar de ver que el verdadero matrimonio de la mente se perfecciona en la unión con la naturaleza, las ciencias y las artes prácticas». (1)

Realmente no valía la pena tanto alarde de escepticismo para llegar a esta sencilla concepción de buen sentido.

Husserl se propone elevar la filosofía a la categoría de ciencia rigurosa y con tal objeto empieza a delinear como su disciplina básica la que designa con el nombre de fenomenología. Esta es todo lo contrario de una teoría explicativa. Debe limitarse a describir los fenómenos con pulcritud, tomando la posición de un puro espectador. Aspira a reemplazar al positivismo del siglo XIX, que era un positivismo parcial, por un positivismo total, en que sean considerados todos los entes y los reinos de las esencias y de los valores, que no entraron en la órbita de preocupaciones del pensamiento ochocentista. La fenomenología se asienta en la conciencia pura, la región de los eidos inmanentes.

---

(1) *Scepticism and animal faith*. P. 69.

Para penetrar en la esfera de lo absoluto, de lo absolutamente cierto, es preciso referir cuanto se afirma al yo y no con relación a fenómenos fácticos sino a esencias. «El método solipsístico es el único que permite prescindir de toda presuposición, evitar la precipitación y la prevención, atenerse a lo dado, sólo a lo dado y dentro de los límites en que nos es dado y erigir una ciencia primera, en la cual se afiance todo el edificio del conocimiento y de la vida humana» (1). El yo, la conciencia, ocupan para la fenomenología en el proceso del conocimiento un lugar tan fundamental, céntrico y definitivo que sus lucubraciones al respecto Husserl las agrupa bajo la denominación de «egología solipsística». Pero la comunión de las almas, en lo que cada una acepta como evidente, lo que nuestro filósofo llama intersubjetividad monadológica, permite que el solipsismo sea superado. «En la experiencia introafectiva concordante halla el yo propio motivos suficientes para salir de sí mismo y llegar a la afirmación de los demás y del mundo que para unos y otros es». (2)

Dentro de su rigor metodológico la fenomenología se presenta además como una filosofía reñida con toda metafísica.

De los anteriores perfiles voy a detenerme en dos por las dudas a que dan lugar, que tal vez puedan fundirse en un solo problema. ¿Será posible desahuciar

---

(1) J. Xirau.—«La filosofía de Husserl». P. 197.

(2) J. Xirau.—«La filosofía de Husserl». P. 214.



a la metafísica? ¿Será posible reducir la filosofía a una ciencia en sentido estricto?

Según Heidegger la metafísica es la interrogación que sobrepasa lo existente sobre lo cual formula su pregunta. En otros términos y conforme al origen mismo del nombre, es la disciplina que se ocupa de lo que queda más allá de la experiencia cierta. De acuerdo con las líneas generales en que la presente disertación debe mantenerse podemos agregar que su contenido y sus fronteras coinciden en gran parte con los de la ontología o ciencia del Ser, coinciden hasta el punto de que es difícil establecer una clara distinción entre ambos estudios, con la siguiente posible salvedad: el Ser en sus diferentes regiones, consideradas separadamente, es materia de la ciencia y a ésta tienen que llegar las orientaciones orgánicas de la ontología, mientras que la metafísica por su concepto esencial envuelve un trascender más allá del empirismo científico.

La necesidad de la metafísica y la imposibilidad de suprimirla se prueba con el hecho sencillo de que hay una región en que no cabe sino ella, y de la cual no se puede prescindir. Maravillosos son, sin duda, los progresos de las ciencias, pero éstas no bastan a satisfacer las ansias ni a responder a todas las interrogaciones del espíritu humano. Prescindiendo de mencionar los innumerables descubrimientos de las ciencias concretas y de la técnica que tanto contribuyen al mejoramiento de la vida, los trabajos e hipótesis de la

astronomía y de la física sobre la estructura del universo son admirables. Por las anchas avenidas de la ciencia estelar nos llega la noticia de la existencia de nebulosas, cuya luz tardaría 50 millones de años en alcanzar hasta nosotros y la de que nuestro cosmos tendría una antigüedad de miles de millones de años. Por los sutiles senderos de la física la materia se disuelve en una zarabanda de ondas en que danzan los elementos de los átomos: electrones, protones y fotones. Pero estos cuadros espléndidos, que nos enorgullecen por el triunfo que significan de la inteligencia humana aumentan la admiración y la actitud interrogativa ante el Ser. Y de aquí fluyen problemas que no porque no podamos resolverlos con certeza nos es dado dejar de sentirlos y de formularlos. Se ha solido decir que ellos son superiores a nuestras facultades. Cualquiera que sea la verdad al respecto es también otra verdad que no podemos arrancarlos de nuestra entraña. Suplicio de Tántalo espiritual.

Si nos envuelve una red metafísica, si no podemos dejar de caer en este orden de ideas aun abominando de ellas, como dice Aristóteles, y con mayor razón cuando así lo queremos y si la filosofía es casi en la totalidad de su ámbito indagación metafísica, no es tarea fácil la señalada por Husserl de reducir la filosofía a las líneas de una ciencia rigurosa. Un propio discípulo de Husserl, el ya mencionado Martín Heidegger, niega esta posibilidad. «El ir fuera y allende las cosas, dice, o sea, el trascenderlas, es la metafísica

misma. Porque su verdad habita en este abismático fondo tiene en la más próxima vecindad la permanente y acechante posibilidad del más profundo error. De aquí que la ciencia de la seriedad de la metafísica no logre ninguna exactitud. La filosofía no puede ser jamás medida según el canon de la idea de la ciencia». (1) Es claro que toda filosofía digna de este nombre debe descansar sobre una sólida base crítica, pero no siempre es dado evitar en sus lucubraciones lo impreciso y el acento personal que ponen necesariamente en ella la complejidad del asunto y el método intuitivo, casi único camino por donde se puede abordarlas. Qué más, si el propio Husserl concuerda, en otra parte de sus escritos, con estas apreciaciones que, sin embargo, contradicen una de sus tesis fundamentales. «La filosofía, dice, es en cierta manera un asunto personal del filósofo. Ella debe constituirse en cuanto suya, ser su *sagesse*, su saber que, aunque tienda a lo universal, sea adquirido por él y que él debe poder justificar desde el origen y en cada una de sus etapas, apoyándose en sus intuiciones absolutas» (2).

No quiero dejar para más tarde hacerme cargo de un reparo que me ha estado zumbando en la mente. Cabe que se deduzca de lo expresado que la filosofía no conduce sino al conocimiento de vaguedades. Sin

---

(1) ¿Qué es la metafísica? Citado por Carlos Astrada. *Idealismo fenomenológico y metafísico existencial*. P. 107.

(2) *Meditations cartésiennes*. Citado por Francisco Romero en «Descartes y Husserl».

aceptar por completo tal impugnación, y sin dejar de rendir un merecido homenaje al valor de la exactitud en todo orden de estudios, entendámonos sobre esto de las vaguedades. ¿Hay algo más imposible de reducir a datos precisos que la vida misma? El fluir de la conciencia en la vigilia no es más que una corriente de sensaciones, percepciones, emociones y sentimientos que no están exentos de vaguedades. Nuestros momentos de mayor plenitud psíquica se substraen sutilmente a todo cálculo y a toda expresión en términos precisos. ¿Cómo conocer el amor, el entusiasmo, la inspiración, la gratitud, la satisfacción de hacer el bien, el placer, también el dolor, sino experimentándolos? El alma sabe de estas cosas, no por medio de números, sino siendo ella misma a la vez surtidor y objeto que se baña en la linfa de su fuente. ¿Conocéis en su realización definitiva, en la forma en que llega a los oídos del escuchador, algo más distante que la música de una expresión conceptual, algo que esté más entregado que ella al imperio de las vaguedades? Conocéis asimismo cuán grande es su embrujo. ¿Por qué es esto? ¿Se trata acaso del simple efecto de la armonía sonora? Ah! no. Para mí que en el sortilegio de la música hay algo más hondo. La armonía de los sonidos no es más que la voz mágica, venida de los más profundos senos de lo vital que nos abre las puertas del Ser, cerrado en su íntima esencia a fórmulas discursivas. La música, la verdadera música nos transporta al centro de una de las formas del misterio y así vierte sobre



nuestro espíritu su virtud de apaciguamiento y su don de goces superiores. El misterio deja de inquietarnos por instantes, porque pasamos a sentirnos en medio de él. Nuestro afán de conocer se transforma y satisface en un acto gozoso de vivir.

Por otros caminos, es regalo del místico llegar a intuiciones análogas, más cálidas, más teñidas de afecto, en que el Ser se define en divinidad.

Así también los problemas filosóficos constituyen un mundo que, aun sin lograr en su indagación conclusiones exentas de dudas, con adentrarnos y permanecer en ellos nos permiten vivencias que por otros lados sólo se alcanzan tal vez en las formas superiores de la religión y del arte: nos permiten acercarnos a vislumbres de lo trascendente, intuir por momentos la esencia de lo eterno.

De suerte que las cosas son doblemente misteriosas: por la condición obscura de su razón última y porque lo que no es dado saber lo sabemos con signos imperfectos. Sin que todos estos sean, como sostienen algunos escépticos exaltados, nada más que apariencias, ilusión y engaño, la verdad es que nunca deben tomarse cual expresión fiel de la realidad sino a lo más, como una transcripción simbólica de ella. Felizmente, para nosotros los símbolos del conocimiento no son los destellos locos de un mundo de sombras, sino que obedecen a concordancias y principios que permiten dar estructura a la misma filosofía, a las ciencias y desarrollarse y avanzar a la vida humana.

\* \* \*

Como hemos visto en líneas anteriores, la fenomenología ha hecho de la conciencia lo absoluto, el foco de iluminación y organización del cosmos. Los pensadores que han aceptado esta manera de ver las cosas han hablado de la «vuelta copernicana» realizada por Husserl al invertir totalmente los términos de la constitución ontológica de la realidad. Habría rectificado la creencia del realismo ingenuo que da por supuesta una existencia del mundo anterior a la conciencia que lo piensa. Será muy ingenua esa creencia, pero es un hecho comprobado por las hipótesis más verosímiles que nuestro universo ha existido en estado ígneo e inhabitable millares de años antes de que surgiera en la corteza enfriada de nuestro pequeño planeta la vida, y, como flor de ella, la conciencia humana. No siendo posible imaginarse que los filósofos de quienes nos ocupamos ignoraran tales hipótesis subsiste como única explicación que la concepción por ellos sostenida, la «inversión copernicana», es sólo el fruto de una intuición directa en que se ha eliminado el tiempo. Este escamoteo da por no operante una conquista científica plausible y me parece que la filosofía no debe correr los riesgos que entraña semejante construcción ideal. Es como si dijéramos que la conciencia de Taine, historiador de la Revolución Francesa y de Napoleón, fuera anterior a una y otro por ser ella la que, cogien-

do los hechos con las redes de sus intuiciones, les ha dado existencia. Contemplada en estas pequeñas proporciones se ve lo absurdo de la inversión. Cabe conferirle a la conciencia categoría de algo absoluto en el orden gnoseológico, como última instancia de nuestro conocer, en el orden ético, como fuente de inspiración y tribunal inapelable de nuestra conducta; pero no en el orden ontológico, en el del ser, donde si bien sus orígenes en potencia pueden confundirse con éste, no así su clara aparición que, como queda dicho, es posterior a la de la vida.

Martín Heidegger, en su antes citado ensayo sobre «¿Qué es la Metafísica?», destaca el papel de la angustia, el cuidado y la nada en la existencia humana. La angustia es un fenómeno genuinamente humano; es un temor sin causa precisa determinada; temor a lo desconocido, y como lo desconocido nos rodea la angustia es un hecho natural. Heidegger la define como la emotividad fundamental que nos coloca ante la nada. Pero, ¿no sería más bien, al revés, la estrangulación y ahogamiento del alma que ocurren cuando nos toma el sentimiento de la nada? El cuidado es el lote del vivir humano y el existir consiste en sostenerse dentro de la nada. ¿Cómo admitir, cómo entender este bracear en el océano de la nada? Al contrario, tengo la clara intuición de que mi existir es estar en el Ser Universal. El aliento vital se sobrepone a la angustia, cuando es suficientemente poderoso o, si queréis, sano. ¿No es acaso la vida por esencia, ilusión obstinada,

afirmación continua de lo trascendente? Heidegger concluye su ensayo con estas patéticas palabras: «¿Por qué existe algo, por qué, más bien, no existe nada?». Novedosa es, sin duda, la forma de la interrogación, pero en el fondo no hay más que la antiquísima pregunta de cuál sea el origen, la razón y el porqué de lo que existe.

Preguntar por qué no existe nada lo considero una cuestión ociosa. Y no sabemos, ¡ay! por qué existe algo; pero tenemos ante nosotros el hecho deslumbrante de que existe. Esta existencia maravillosa es en conjunto el Ser, aunque a simple vista se nos presente en el espejeo engañoso de ilusiones y apariencias. Siendo imposible para nosotros conocer su origen y no pudiendo concebir tampoco que deje de ser tenemos que reconocer que es necesario y absoluto. Esta proposición «El Ser es necesario y absoluto» envuelve un suceso estupendo. El Ser se ha desdoblado y lo encontramos contemplándose a sí mismo por medio de la Razón, de nuestra razón humana. Pero no debemos considerarnos como separados del Ser, constituídos en meros espectadores, ni menos aun en medio de un Ser hostil. Aunque Ser y Razón no son coincidentes, encontrándose la Razón en potencia en el Ser, formamos parte de él, estamos en él, vamos con él, es a la vez inmanente y trascendente a nosotros. La muerte no es más que un cambio de formas en el Ser. El amor también lo es, como propulsión íntima de sus movimientos. El amor y la muerte no sólo están unidos por el lazo



romántico y trágico que exalta el amor hasta despreciar la vida sin el ser amado o hasta entregarla en sacrificio por él. La muerte es una consecuencia necesaria del amor en cuanto condición ineludible para la existencia de nuevos seres. El amor y la muerte son las fases de luz y de sombra del disco en que en el plano de la vida gira el Ser en su afán ingénito de conservación. El Ser existe en el tiempo, o, más bien, en el espacio-tiempo, fórmula con que se designa el espacio de cuatro dimensiones (c o n t i n u u m). La temporalidad es de su esencia. La eternidad es esencia pura, es la esencia del concepto de un momento que perdura sin cambiar. El tiempo es serie de momentos que cambian. La eternidad puede ser atributo del Ser puro que es lo mismo que Divinidad pura, o sea, misterio absoluto, si no salimos del plano de lo existencial.

El funcionamiento de la razón nos ha revelado otro aspecto o dimensión del Ser: su espiritualidad. En líneas anteriores hemos dicho al pasar que la conciencia es flor de la vida, aserto que recordamos para aplicarlo por igual al espíritu. Durante siglos los pensadores y los hombres de ciencia han discutido sobre el origen de la vida y ésta como un flúido mágico y travieso, se escurre de todas las mallas en que se quiere aprisionarla. La suposición postulada por los vitalistas de una fuerza vital, de un espíritu vital o, como dice Bergson, de un aliento vital, no explica nada. Sólo desplaza el problema y viene a ser meramente verbal. Tampoco se aviene con la acción que ejerce el ambien-

te sobre el organismo y tiene además la desventaja de poner un tope a las investigaciones. No han sido más afortunados los mecanicistas al querer reducir los fenómenos vitales a fórmulas físico-químicas. La vida se muestra como algo específico, irreductible a lo que no es ella. Es una de las estructuras en que se va operando la trascendencia del Ser. Al pasar de los elementos físicos al organismo vital la estructura pone algo nuevo que no se encontraba en las partes integrantes. En el ser vivo hay mantenimiento y conservación coordinada de lo que se aglutina en un todo concreto. La trascendencia en este caso y la estructura es lo que Wundt y Lester F. Ward han llamado con términos muy expresivos las *síntesis creadoras* de la naturaleza. Del quid misterioso no podemos librarnos.

Otra brillante y análoga sorpresa nos reserva el espíritu. No lo conocemos sino por las experiencias de nuestra vida interior, dentro de las que debemos incluir nuestras intuiciones de valores y de esencias. Lo dicho no significa la negación de este atributo del espíritu a otros entes del universo que pueden pasar ignorados por nosotros. Tampoco encontramos jamás el espíritu puro, aparte de un ser vivo. El espíritu y la materia se hallan más unidos entre sí que dos hermanos siameses. ¿Qué especie de enlace es éste? Siguiendo las huellas de las pobres explicaciones con que tenemos que contentarnos, se ha tratado de descubrir en ellos identidad, de asimilarlos el uno al otro, pero se han mostrado irreductibles, como el lado convexo y el

lado cóncavo de un arco que se mantienen inseparables y diversos. Que la materia no sea más que una creación y forma del espíritu ha tenido y tiene férvidos sostenedores entre los filósofos de tendencia idealista; pero siendo el espíritu un florecimiento de la vida esa tesis se presenta con una contextura muy frágil e insostenible. Tampoco es posible reducir nuestro pensar, nuestro sentir y querer a movimientos de la materia, a vibraciones de los átomos y de sus elementos, los electrones, protones y fotones. Pretender hacerlo sería privar a los fenómenos del espíritu de sus características específicas. Las vivencias espirituales son evidentes. Aceptar para ellas la explicación física equivaldría a efectuar el disparatado trueque de una evidencia por una hipótesis. Nos parece lo más plausible concebir el espíritu sin hipostasiar en él una substancia, como en potencia en la del Ser y desdoblándose de él, según ya lo hemos visto, para realizarse a través del hombre.

\* \* \*

En ciertos casos que luego precisaremos podríamos comparar el espíritu con un reloj de prodigiosa maquinaria que sólo fuera señalando el correr del tiempo hacia adentro. Tendría también esfera pero ésta no indicaría nada: sería como una lente captadora de las irradiaciones externas. Apenas es menester decir que por prodigiosa que supongamos la maquinaria la comparación resulta siempre bastante deficiente. Falta en

ella por lo menos las maravillosas facultades esenciales de espontaneidad sintética y de creación que adornan al espíritu. Pero aún dentro de esta imperfección queda anotado ahí algo que caracteriza al espíritu en su estado solipsista, su encerramiento en sí mismo, su inmanencia. «Se dice de algo que es inmanente a un ser cuando reside dentro de este ser y tiene en él su término» (1). Al salir del castillo interior del solipsismo, llevamos a cabo actos de trascendencia. Esto lo hacemos en todo momento porque a cada paso con la fe que prestamos a nuestras sensaciones y percepciones vamos afirmando implícitamente la realidad del mundo exterior. Es trascendente así la acción sensitiva o perceptiva que pasa del sujeto al objeto, que sobre las vivencias de aquél realiza la hipóstasis de éste. En todo conocimiento inmediato del mundo externo cabe hablar de una trascendencia inmediata como en las inferencias mediatas de otra trascendencia también mediata. Y ambas tendrían el carácter común de ser empíricas.

Ya hemos mencionado la trascendencia entendida como el tránsito de una estructura a otra estructura superior en que se van verificando las síntesis creadoras de la naturaleza. La serie cuerpo físico, ser vivo, psique, espíritu, muestra en este sentido el crecimiento del trascender y tal crecimiento llega al máximo posible en el espíritu (2).

---

(1) J. Ferrater Mora. *Diccionario de Filosofía*.

(2) Francisco Romero. *Programa de una Filosofía*.



Nos queda por considerar la que se ha llamado trascendencia absoluta y también teológica. Es naturalmente mediata, pero no empírica. Un acabado alegato en favor de ella constituye la exposición hecha por León Veuthey de los asuntos tratados en el Congreso Internacional de Filosofía celebrado en París del 31 de julio al 8 de agosto de 1937 (1). Los agrupa bajo los siguientes epígrafes: problema de la razón; problema de la lógica; problema de la causalidad, problema de la trascendencia, problema de Dios; problema de los valores. No estuvieron en tabla, como se ve, problemas nuevos sino viejos problemas, objeto de nuevas consideraciones. Suele ser la historia de la filosofía.

Defiende Veuthey la tesis de una Razón Absoluta que sería la causa primera de la razón humana y que como unidad trascendente haría posible la armonía entre el ser y el pensamiento, o sea, entre el objeto y el sujeto, garantizando así el conocimiento por identidad. «La Razón Absoluta se confunde con lo Trascendente Absoluto, fuente última de las verdades y de los valores eternos así como de la inmutabilidad de la naturaleza en el perpetuo devenir del mundo contingente».

En el mismo Congreso dijo Hugo Fiorentino que «los problemas del alma y de Dios no pueden ya, en el estado actual de nuestros conocimientos, ser puestos en cualquiera relación que sea con el problema de la

---

(1) *La Pensée contemporaine*. París, Aubier.

trascendencia porque no pueden ser pensados sino en la inmanencia del pensamiento que los crea. Presentarlos como trascendentes sería colocarlos en el dominio de lo irreal y de lo absurdo».

Probablemente es fácil caer en una errada concepción de la Trascendencia Absoluta. Entendida como fuente de toda perfección y de todo valor deja al hombre en situación angustiosa, precaria y desmedrada. Los hombres se habrían debatido durante millones de años y se debatirían trágicamente, en medio de tinieblas, doloridos, buscando en su mansión finita una perfección y unos valores ya existentes. Lo Trascendente Absoluto hiciera de nuestro mundo terreno un teatro para la representación de una indefinida tragedia en que los hombres tendrían el papel de buscar penosamente algo que, sin embargo, ya existiría en acabada perfección en alguna parte. Habría motivos para que los hombres se sintieran deprimidos, títeres, juguetes de una potencia desconsiderada. Rebosando de este sentimiento dijo Nietzsche: «Dios ha creado al hombre como un mono para que divierta aunque sea por poco tiempo su aburrida eternidad» (1). Pero no. La trascendencia absoluta carece de sentido en el orden material y espacial y por lo que respecta a las virtudes del espíritu no hemos encontrado otra manera de concebirlas que como en potencia en el Ser y realizándose con las tribulaciones y creaciones de los hom-

---

(1) El viajero y su sombra. 14.

bres. El hombre, en vez de actor en un cruel juego de la gallina ciega, es pues colaborador de la creación. Existir en un Ser pleno de posibilidades es como estar en el seno de Dios. De la inmanencia de la conciencia creadora irradia la más infinita trascendencia. Si los hombres no escuchan a Dios en su conciencia y no lo sienten ni lo realizan en ella, no lo encuentran, ni lo sienten ni lo realizan en ninguna parte.

\* \* \*

Recusamos en líneas anteriores el valor de la conciencia como algo absoluto en el orden ontológico y ahora, después de la excursión que hemos efectuado, volvemos a ella esa categoría en el orden de los valores cuando nos va a acuciar el problema de la actitud del hombre. Reducidísimo es en el universo el ámbito de la vida si miramos el poco espacio que ocupan los organismos que la sustentan. ¿Acaso nuestra Tierra solamente? ¿Acaso Marte u otro cuerpo celeste que cuente con el medio y las condiciones de humedad y substancias requeridos para que ella pueda surgir? Modesto dintorno en todo caso. Fundadamente ha podido decir un hombre de ciencia (1) que, al parecer, la vida no ha figurado entre las principales preocupaciones de la creación. Por lo mismo, que humilde en un principio, es el espíritu en cuanto a la mansión que elige, nuestros cuerpos, para aflorar en el universo.

(1) James Jean. *The mysterious Universe.*